

Los caminos de Euskalerría

Leyendo la historia de la primera guerra carlista se queda uno asombrado viendo las marchas y contramarchas que tuvieron que hacer aquellos bravos soldados que durante largos años vivieron sobre el terreno aprendiendo por ello a conocer íntimamente la toponimia del País Vasco, y que tan pronto luchaban en el Baztán como bajaban a Elciego o subían a sorprender a la guardia de Vitoria para retirarse a continuación a descansar en Lecumberri. Todos eran naturales del país, del que sólo conocían una pequeña parte, la natal, pero luego, tras las largas retiradas a través de los senderos cubiertos por las sollozantes hojas del otoño entre cerrados bosques, las agotadoras marchas en línea recta hacia la lejana plaza para caer sobre ella por sorpresa, en las travesías por lo más intrincado de las ásperas sierras para eludir el cerco, conocieron hasta los más recónditos vericuetos de cada cañada, de cada lugar, pues de ello dependía muchas veces su vida; y cuando puesto a reflexionar en ello, pensaba lo olvidado que tenemos aquellos antiguos caminos, aquella forma de desplazarse, no podía por menos de imaginarme la diferencia tan grande que existe entre aquella forma de vida, más lenta acaso, más primitiva quizá, pero sin embargo más llena, más completa, más exacta; respondiendo los hechos a los valores de las cosas.

Siempre ha sido agradable el caminar a pie. Rousseau en su Emilio, nos hace un verdadero elogio de esta forma de caminar, pero a medida que el mundo se nos ha hecho más grande, el hombre en su afán de buscarse más cómodos y rápidos medios de comunicación, ha ido inventando toda una serie de artefactos que, muy útiles para un hombre sólo, han sido causa de esclavización de la mayoría. Ahora dependemos de un horario, de un cupo de plazas, de unas facilidades para conseguir billete y el hombre se ha convertido en el esclavo de su propia obra. Ha ido olvidando aquellos caminos que sirvieron para que sus abuelos viajasen y ha trazado otros que no tienen curvas de nivel ni siquiera de trazado, y sobre el camino de mulas de los arrieros maragatos, sobre las piedras

areniscas de la humilde calzada aldeana, sobre los cantos en pico de las rutas alpinas ha ido creciendo, lenta y segura, la hierba indiferente del olvido, mientras que nuevas generaciones van en juguetes mecánicos sobre carreteras de modernas mezclas, de consistencia y dureza garantizada, en medio de ruidos trepidantes y olores a derivados del petróleo.

La civilización moderna ha dado un salto tan gigantesco que nos ha dejado sin nexo de unión con el pasado y los jóvenes de ahora sólo conocen lo que se ha hecho hace muy poco tiempo. La tradición, la verdadera tradición consistente en conservar todo aquello que pueda servir de ejemplo, de utilidad o simplemente de elevación a generaciones futuras ha muerto aplastada por las ruedas de los coches, enloquecida por el ruido de las radios, malvendida por el ansia de riquezas o arrojada al muladar por la ignorancia de los modernos salvajes repletos de guarismos y ecuaciones.

Y así se ve a jóvenes fuertes y sanos que quizá para jugar un partido de fútbol, toman un tranvía o autobús, y si se les dijera que tienen que desplazarse a un pueblo cercano no ven otra solución que la carretera o la vía del ferrocarril.

Esto es lo que debe de hacer el montañismo, los Clubs de montaña; mostrar a los aficionados y a la masa que está vuelta de espaldas a la creación inmediata de Dios, las vías de penetración a los más bellos parajes de nuestro milenarismo país, a las más conocidas montañas de nuestras queridas provincias, viviendo al mismo tiempo en contacto con la Naturaleza, disfrutando de sus encantos y haciendo nuestro cuerpo y mente, más puros y ágiles, pues para ser montañero o simplemente excursionista, explorador en miniatura, no hace falta tener la fuerza de un Hércules, la inteligencia de un Goethe o el corazón de un Alejandro Magno, sino que todas estas cualidades estén al servicio de nuestra voluntad.

Si ésta nos manda marchar, marcharemos a través del bosque de hayas rumoroso, y pasaremos al lado del dolmen prehistórico o

por el lugar de la batalla célebre. Todo es cuestión de querer; si la voluntad quiere, todo será tuyo.

No te hará falta ir al moderno laboratorio a ver transformaciones maravillosas; verás a simples plantas transformar la luz del sol en clorofilia por el desconocido procedimiento de la fotosíntesis todavía ignorado por los hombres.

No tendrás que ir uncido al yugo de una Agencia de Viajes en compañía de un rebaño de turistas a precio fijo a ver unas piedras de quinientos o mil años de antigüedad, puestas una sobre otra por un artesano del que ha desaparecido hasta la memoria. Verás en cualquier lugar piedras que tienen millones de años y no las ha hecho un artesano cuyo nombre nadie sabe, sino que salieron calientes del regazo del Señor quien todavía reina sobre las cosas y criaturas que en el silencio de los bosques cantan, sin testigos, las glorias de su Creador.

Levantarás un poco de tierra y verás las losas planas de la calzada romana cargada de historia, escarbarás un poco más y encontrarás un fósil. No te hará falta ir a ningún Museo con horas de visita ni entrada de pago.

Verás árboles y rocas que ningún escultor pensionado en Roma ha tallado sus formas y sin embargo son perfectas en su salvajismo.

Verás paisajes cuyos colores, perfiles y tonalidades no han salido del tubo, pincel ni mano de pintores surrealistas, impresionistas o clásicos y que no obstante darán la impresión de artificiales, tan irreales se te mostrarán. Y estos colores y estas vistas no se cotizan en exposiciones de arte, están allí desde hace siglos para todo el que tenga ojos y capacidad para ver.

Y por la noche cuando hundas tu cabeza en el regazo perfumado de tus hermanas las florecillas silvestres oírás que la montaña te dice al oído con voz misteriosa todos sus secretos, y entonces comprenderás que no hay mayor belleza que atravesar con paso alegre nuestras viejas montañas un día cubiertas de robles, castaños, tejos, fresnos y abedules, y habitadas por hombre de alargado cráneo hablando en su idioma cuaternario.

Los bosques y la lengua se van muriendo; ahora se plantan pinos de ciclo rápido, que al talarlos se llevan la tierra, dejando ver al

monte su osamenta, y en el lugar donde versificaba el bardo con zamarra, se oye el estruendo horroroso del altavoz plebeyo.

Y mientras una lengua milenaria y una vegetación espléndida caminan hacia su extinción, nosotros pequeños juglares de nuestra tierra, tomaremos el áspero papel de los antiguos profetas y sobre el risco soleado que domina los rojos tejados donde la multitud pulula y se afana en comprar y vender eternamente la misma y vieja mercancía, lanzaremos nuestro grito lastimero y jeremíaco:

¡Ay de tus praderas pastor, cuya tierra fina y jugosa llevará el agua del invierno en fangoso torrente!

¡Ay de tus bosques leñador; pronto tu hacha se oxidará en la borda al no quedar más que tocones carcomidos por los parásitos!

¡Ay de tus campos labrador, el duro sol los agrietará y endurecerá, la mazorca de maiz languidecerá sobre el tallo, porque ya no caerá más del cielo la fecunda agua alejada para siempre por la dañosa oveja y por el ávida hacha manejada muchas veces por tí mismo!

¡Ay de vosotros todos, porque tendreis que bajar al llano a vestiros con el horrible mono azul de los proletarios!

¡Ay de tu lengua, pura y fósil como el agua de las cavernas profundas! ¡Olvidarás tu lengua vernácula y aprenderás a blasfemar!

¡Ay de tu raza, minada por el demonio que ha desarraigado y borrado del mapa a otras razas autóctonas: el alcohol, que desde el fondo de los vasos hace muecas de concunción y muerte!

Y en vez de mandar hacer penitencia, cubrirse de ceniza la frente y rasgarse las vestiduras, diremos en una nueva versión profética:

—¡Ven a la montaña! Conocerás tu tierra, sus caminos, fuentes, bosques y praderas. La amarás. Te harás fuerte y buscarás la solución para detener su decadencia. Revalorizarás tu lengua. Y en vez de ver bailar a jóvenes enfermizos de pecho hundido sobre pistas enceradas al son de músicas negroides; verás a tus hijos saños y fuertes, brillando en sus ojos puros la sonrisa de Dios, recorrer a grandes pasos los caminos y senderos de las montañas de la vieja Euskalerría.

JOSE LUIS MUÑOYERRO.